

Más testimonios acerca de Jesús

Sábado de tarde, 2 de noviembre:

Cristo presentó a la multitud de judíos y gentiles de todas las naciones las verdades originales relacionadas con su reino, que habían estado sepultadas fuera de la vista. Procuró despejar la niebla y la confusión de sus ideas falsas y largamente atesoradas en cuanto a su misión y a su reino. Ellos suponían que era un reino temporal y terrenal, pero él les reveló su naturaleza espiritual y eterna. Desplegó ante ellos los principios de largo alcance de la ley de Dios; mandamiento tras mandamiento los presentó en su verdadero sentido espiritual, y mostró la extensión de las demandas de los preceptos de Dios. No han de dirigir solamente la conducta, sino controlar el corazón. La gente se asombraba de sus doctrinas y las lecciones dadas por Cristo porque eran tan diferentes de todo lo que el pueblo había escuchado de los escribas y fariseos. No presentaba argumentos laboriosos e intrincados que confundieran con imposiciones los mandamientos de Dios, de modo que nadie pudiera esperar cumplirlos. Jesús, el gran Maestro, exponía en el lenguaje más sencillo las grandes verdades morales, revistiéndolas de frescura y fuerza (*The Review and Herald*, 21 de marzo, 1893, párrafo 3).

Desde Jerusalén las noticias de los milagros de Cristo se habían difundido dondequiera que estaban dispersos los judíos; y aunque durante muchos meses él había permanecido ausente de las fiestas, el interés en él no había disminuido. Muchos, de todas partes del mundo, habían venido a la fiesta de las cabañas con la esperanza de verle. Al principio de la fiesta, muchos preguntaron por él. Los fariseos y gobernantes esperaban que viniese, deseosos de tener oportunidad para condenarle. Preguntaban ansiosamente: “¿Dónde está?” Pero nadie lo sabía. En todas las mentes predominaban pensamientos relativos a él. Por temor a los sacerdotes y príncipes, nadie se atrevía a reconocerle como el Mesías, mas por doquiera había discusiones serenas pero fervorosas acerca de él. Muchos le defendían como enviado de Dios, mientras que otros le denunciaban como engañador del pueblo (*El Deseado de todas las gentes*, p. 415).

Jesús podría haber estado en paz con el mundo solo dejando a los transgresores de la ley sin reprobación, sin reprensión. Pero no pudo hacerlo, pues había venido para quitar los pecados del mundo... Cristo

denunciaba la injusticia, y su sola presencia era un reproche al pecado. La atmósfera que rodeaba su alma era tan pura, tan elevada, que colocaba a los rabinos, sacerdotes y gobernantes hipócritas en su verdadera posición, y los revelaba en su verdadero carácter de pretender la santidad, y al mismo tiempo tergiversar a Dios y su verdad. En la rica belleza del carácter de Cristo, el celo por Dios era siempre evidente. Su justicia iba delante de él, y la gloria del Señor iba detrás. Sólo odiaba una cosa: el pecado. Pero el mundo amaba el pecado y odiaba la justicia, y esta era la causa de la hostilidad del mundo hacia Jesús (*The Review and Herald*, 24 de julio, 1894, párrafo 5).

Domingo, 3 de noviembre: Humildad: Juan el Bautista vuelve a dar testimonio

Cuando, después que comenzara el ministerio de Cristo, los discípulos de Juan fueron a él con la queja de que todos seguían al nuevo Maestro, Juan demostró cuán claramente comprendía su relación con el Mesías, y cuán gustosamente daba la bienvenida a Aquel cuyo camino había preparado...

“Vosotros mismos me sois testigos que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está en pie y lo oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo es cumplido. A él conviene crecer, mas a mí menguar”. Juan 3:27-30.

Mirando con fe al Redentor, Juan se había elevado a la altura de la abnegación. Él no trataba de atraer a los hombres a sí mismo, sino de elevar sus pensamientos siempre más alto, hasta que reposasen en el Cordero de Dios. Él no había sido más que una voz, un clamor en el desierto. Ahora aceptaba con gozo el silencio y la oscuridad, a fin de que los ojos de todos pudiesen dirigirse hacia la Luz de la vida (*Obreros evangélicos*, pp. 57, 58).

El profeta [Juan el Bautista] señala al Salvador como el Sol de Justicia que se eleva con esplendor y pronto eclipsará su propia luz, para luego palidecer y oscurecerse en la gloria de una luz mayor. Juan, por su alegría desinteresada en el ministerio exitoso de Jesús, presenta al mundo el tipo más verdadero de nobleza jamás exhibido por un hombre mortal. Lleva consigo una lección de sumisión y abnegación para aquellos a quienes Dios ha colocado en puestos de responsabilidad. Les enseña a no apropiarse nunca de honores indebidos, ni dejar que el espíritu de rivalidad deshonre la causa de Dios...

Las noticias que habían sido llevadas a Juan acerca del éxito de Jesús fueron llevadas también a Jerusalén, y allí crearon contra él celos, envidia y odio. Jesús conocía los corazones endurecidos y las mentes ensombrecidas de los fariseos, y que no escatimarían esfuerzos para crear una división entre sus propios discípulos y los de Juan que perjudicaría grandemente la obra, por lo que calladamente dejó de bautizar

y se retiró a Galilea. Sabía que se avecinaba la tormenta que pronto barrería al profeta más noble que Dios había dado al mundo. Quiso evitar toda división de sentimientos en la gran obra que tenía ante sí y, por el momento, se retiró de aquella región con el propósito de calmar toda conmoción perjudicial para la causa de Dios (*The Spirit of Prophecy*, t. 2, pp. 138, 139).

Cuando, en lugar de confiar en la comprensión humana, o conformarnos a las máximas del mundo, nos sentemos a los pies de Jesús, bebiendo ansiosamente sus palabras, aprendiendo de él, y diciendo: "Señor, ¿qué quieres que haga?", nuestra independencia natural, nuestra confianza propia, nuestra obcecada fuerza de voluntad, serán cambiadas por un espíritu infantil, sumiso y educable...

Nuestros afectos se centrarán en Jesús, nuestros pensamientos serán poderosamente arrastrados hacia el cielo. Cristo crecerá, yo decreceré... Cultivaremos las virtudes que moran en Jesús, para que podamos reflejar ante los demás una representación de su carácter (*Nuestra elevada vocación*, p. 101).

Lunes, 4 de noviembre: Una nueva concepción acerca del Mesías

Cuando el Salvador principió su ministerio, el concepto que el pueblo tenía acerca del Mesías y de su obra era tal que inhabilitaba completamente al pueblo para recibirlo. El espíritu de verdadera devoción se había perdido en las tradiciones y el ritualismo, y las profecías eran interpretadas al antojo de corazones orgullosos y amantes del mundo. Los judíos no esperaban como Salvador del pecado a Aquel que iba a venir, sino como a un príncipe poderoso que sometería a todas las naciones a la supremacía del León de la tribu de Judá. En vano les había pedido Juan el Bautista, con la fuerza conmovedora de los profetas antiguos, que se arrepintiesen. En vano, a orillas del Jordán, había señalado a Jesús como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dios trataba de dirigir su atención a la profecía de Isaías con respecto al Salvador doliente, pero no quisieron oírlo (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 7).

A la luz de la revelación divina, por medio del sacrificio expiatorio, podemos ver el glorioso plan de redención por el cual nuestros pecados son perdonados, y nosotros somos atraídos al corazón del amor infinito. Vemos cómo Dios puede conservar toda su justicia y, sin embargo, perdonar al transgresor de su ley. Y no somos simplemente perdonados, sino que somos aceptados por Dios a través del Amado. El plan de redención no es solo una forma de escapar del castigo de la transgresión, sino que el pecador recibe el perdón de sus pecados por medio de ese plan, y finalmente será recibido en el cielo; pero no como un delincuente que es perdonado y dejado en libertad y que sin embargo es objeto de desconfianza y no se le brinda amistad ni se le tiene fe, sino

que se le da la bienvenida como a un hijo y se le da de nuevo la más plena confianza.

El sacrificio de nuestro Salvador ha hecho amplia provisión para cada alma arrepentida y creyente. Somos salvos porque Dios ama lo que ha sido comprado con la sangre de Cristo, y no solo perdonará al pecador arrepentido, no solo le permitirá entrar en el cielo, sino que él, el Padre de misericordia, aguardará en los mismos portales del cielo para darnos la bienvenida, para darnos una amplia entrada en las mansiones de los bienaventurados. ¡Oh, qué amor, que maravilloso amor ha mostrado el Padre en la dádiva de su amado Hijo por esta raza caída! Y este Sacrificio es un canal para que fluya su amor infinito, para que todo el que cree en Jesucristo pueda recibir, como el hijo pródigo, plena y gratuita reintegración al favor del cielo (*The Review and Herald*, 21 de septiembre, 1886, párrafo 12; parcialmente en Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 7, p. 962).

Jesús es nuestro sacrificio expiatorio. No podemos hacer expiación por nosotros mismos, pero por fe podemos aceptar la expiación que ha sido hecha. “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”. 1 Pedro 3:18. “Fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles... sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”. 1 Pedro 1:18, 19 (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 378).

Martes, 5 de noviembre: Aceptación y rechazo

Los judíos estaban por celebrar la Pascua en Jerusalén, en conmemoración de la noche en que Israel había sido librado, cuando el ángel destructor hirió los hogares de Egipto. En el cordero pascual, Dios deseaba que ellos viesan el Cordero de Dios, y que por este símbolo recibiesen a Aquel que se daba a sí mismo para la vida del mundo. Pero los judíos habían llegado a dar toda la importancia al símbolo, mientras que pasaban por alto su significado. No discernían el cuerpo del Señor. La misma verdad que estaba simbolizada en la ceremonia pascual, estaba enseñada en las palabras de Cristo. Pero no la discernían tampoco.

Entonces los rabinos exclamaron airadamente: “¿Cómo puede este darnos su carne a comer?” Afectaron comprender sus palabras en el mismo sentido literal que Nicodemo cuando preguntó: “¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo?” Juan 3:4. Hasta cierto punto comprendían lo que Jesús quería decir, pero no querían reconocerlo. Torciendo sus palabras, esperaban crear prejuicios contra él en la gente.

Cristo no suavizó su representación simbólica. Reiteró la verdad con lenguaje aun más fuerte: “De cierto, de cierto os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi

sangre, en mí permanece, y yo en él” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 352, 353).

Cristo había pronunciado una verdad sagrada y eterna acerca de la relación entre él y sus seguidores. Él conocía el carácter de los que aseveraban ser discípulos suyos, y sus palabras probaron su fe. Declaró que habían de creer y obrar según su enseñanza. Todos los que le recibían debían participar de su naturaleza y ser conformados según su carácter. Esto entrañaba renunciar a sus ambiciones más caras. Requería la completa entrega de sí mismos a Jesús. Eran llamados a ser abnegados, mansos y humildes de corazón. Debían andar en la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario, si querían participar en el don de la vida y la gloria del cielo.

La prueba era demasiado grande. El entusiasmo de aquellos que habían procurado tomarle por fuerza y hacerle rey se enfrió. Este discurso pronunciado en la sinagoga —declararon— les había abierto los ojos. Ahora estaban desengañados. Para ellos, las palabras de él eran una confesión directa de que no era el Mesías, y de que no se habían de obtener recompensas terrenales por estar en relación con él. Habían dado la bienvenida a su poder de obrar milagros; estaban ávidos de verse libres de la enfermedad y el sufrimiento; pero no podían simpatizar con su vida de sacrificio propio. No les interesaba el misterioso reino espiritual del cual les hablaba. Los que no eran sinceros, los egoístas, que le habían buscado, no le deseaban más. Si no quería consagrar su poder e influencia a obtener su libertad de los romanos, no querían tener nada que ver con él (*El Deseado de todas las gentes*, p. 355, 356).

Miércoles, 6 de noviembre: El testimonio del Padre

Para Cristo, el mundo no era un lugar de comodidad y engrandecimiento propio. No buscaba una oportunidad para recibir su poder y su gloria. No le ofrecía ningún premio tal. Era el lugar al cual su Padre le había enviado. Había sido dado para la vida del mundo, para realizar el gran plan de redención. Estaba haciendo su obra en favor de la especie caída. Pero no había de ser presuntuoso, ni precipitarse al peligro, ni tampoco apresurar una crisis. Cada acontecimiento de su obra tenía su hora señalada. Debía esperar con paciencia. Sabía que iba a ser blanco del odio del mundo; sabía que su obra le conduciría a la muerte; pero exponerse prematuramente no habría sido obrar según la voluntad de su Padre (*El Deseado de todas las gentes*, p. 415).

¿Cuál fue la labor del mensajero de Dios a nuestro mundo? El unigénito Hijo de Dios revistió su divinidad de humanidad y vino a nuestro mundo como maestro, como instructor, a fin de contrastar la verdad con el error. La verdad, la verdad salvadora, nunca se extinguió en su lengua, nunca sufrió en sus manos, sino que fue resaltado clara y nítidamente en medio de las tinieblas morales que prevalecen en nues-

tro mundo. Para esta obra dejó los atrios celestiales. Dijo de sí mismo: “Para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad”. La verdad brotaba de sus labios con frescura y poder, como una nueva revelación. Él era el camino, la verdad y la vida. Su vida, ofrendada por este mundo pecador, estaba repleta de seriedad y resultados trascendentales; porque su obra era salvar a las almas que perecen.

Salió para ser la Luz Verdadera, resplandeciendo en medio de las tinieblas morales de la superstición y el error, y fue anunciado por una voz del cielo, que proclamaba: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Y en su transfiguración se oyó de nuevo esta voz del cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (*Fundamentals of Christian Education*, p. 405).

El [Salvador] quitó los pecados del paralítico y luego lo presentó ante Dios perdonado. Y también lo sanó físicamente. Dios le había dado poder a su Hijo para acudir al trono eterno. Aunque Cristo actuaba con su propia personalidad, reflejaba el lustre de la posición de honor que había tenido en medio de la espléndida luz del trono eterno.

En otra ocasión, Cristo solicitó: “Padre, glorifica tu nombre”. Y en respuesta “vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez”. Juan 12:28.

Si esta voz no conmovió a los impenitentes, si el poder que Cristo manifestó en sus poderosos milagros no hizo que los judíos creyeran, no debiera sorprendernos demasiado descubrir que los hombres y mujeres de ahora están en peligro... de manifestar la misma incredulidad que demostraron los judíos, y de cultivar el mismo entendimiento pervertido (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, pp. 214, 215).

Jueves, 7 de noviembre: El testimonio de la multitud

Una vez establecidos en Canaán, los israelitas se acostumbraron a celebrar con demostraciones de gran regocijo el flujo del agua de la roca en el desierto. En la época de Cristo esta celebración se había convertido en una ceremonia muy impresionante. Se realizaba en ocasión de la fiesta de las cabañas, cuando el pueblo de todo el país se congregaba en Jerusalén. Durante los siete días de la fiesta los sacerdotes salían cada día acompañados de música y del coro de los levitas, a sacar en un recipiente de oro agua de la fuente de Siloé. Iban seguidos por grandes multitudes de adoradores, de los cuales tantos como podían acercarse al agua bebían de ella, mientras se elevaban los acordes llenos de júbilo: “Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salud”. Isaías 12:3...

El Salvador utilizó este servicio simbólico para dirigir la atención del pueblo a las bendiciones que él había venido a traerles... se oyó su voz en tono que resonó por todos los ámbitos del templo, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre”. “Y esto —dice Juan— dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”.

Juan 7:37-39. El agua refrescante... es un emblema de la gracia divina que solo Cristo puede conceder, y que, como agua viva, purifica, refrigera y fortalece el alma (*Historia de los patriarcas y profetas*, p. 437).

Aquel en quien mora Cristo tiene dentro de sí una fuente eterna de gracia y fortaleza. Jesús alegra la vida y alumbró el sendero de todos aquellos que le buscan de todo corazón. Su amor, recibido en el corazón, se manifestará en buenas obras para la vida eterna. Y no solo bendice al alma de la cual brota, sino que la corriente viva fluirá en palabras y acciones justas, para refrescar a los sedientos que la rodean (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 437, 438).

¿Habéis agotado la fuente? —No; porque es inagotable. No bien sintáis vuestra necesidad, podéis beber, y beber otra vez; la fuente siempre está llena. Y cuando hayáis bebido una vez de esa fuente, no andaréis procurando apagar vuestra sed en las cisternas rotas de este mundo; no andaréis averiguando cómo podéis encontrar más placer, diversión y entretenimientos. No; porque habréis estado bebiendo de las corrientes que alegran la ciudad de Dios. Entonces vuestro gozo será pleno (*Nuestra elevada vocación*, p. 67).

Viernes, 8 de noviembre: Para estudiar y meditar

Conflicto y valor, “Es necesario... que yo mengüe”, 26 de septiembre, p. 275.

El Deseado de todas las gentes, “En el atrio exterior”, pp. 574-580.